

En el fondo, yo creo que hicimos lo que debimos hacer. Tal vez no lo que hubiéramos querido. Se diría que nos empujaron bruscamente, que no nos dejaron pensar. Hoy comprendo que fue El.

¡Tantas veces como abrimos la puerta! Nos lanzábamos por el aire, con media consciencia. La gente nos miraba seria. Pero en nuestros espíritus sonaba la gran carcajada. Era un eco constante, como cuando la cama responde a nuestro corazón. ¿Te acuerdas? No, quizá ya no te acuerdas, quizá te has olvidado porque los grandes plátanos siguen llorando hojas y los niños compran barquillos a la ilusión.

La barquillera. ¡Qué inmenso bombo de la vida! Yo lo tentaba, lejos de tí, y siempre me respondía con una flor marchita. Muchas veces sentía el deseo de abrirme al poniente desangrado, de sentir la humedad del río a mis pies y el cielo deshaciéndose en gritos de soledad. Resistía casi siempre. Luego el mundo se hundía entre la gente apresurada, o el inmenso vahido de carne morosa que se arrastraba por colorines de asfalto. En el comedor de casa, encontraba una lucecita, y daba un beso a mi madre.

Me acuerdo de aquellas tardes de frescas go-

londrinas, cuando me asomaba al mirador y los silencios se colaban por las torres de mi parroquia. Dulce vigía del desfile, un desfile lento, separado, chillón, triste. De pronto, la inquietud, el asalto. Tú, te sonreías para adentro, y mezclabas tu cara con tu alma. Así, pequeña, granito de trigo... así.

Luego, hemos regresado a nuestros senderos. Más vale. Había que romper las nubes, luchar con las flores en una batalla perdida de antemano. Te sepulté entre pétalos.

¡Sácala, Dios mío! Desde el tren miro las parvas, y el aventar azul. ¡Vuela pajilla, mi pequeña pajilla, vuela! ¡Arrebata el perfume de los bueyes, de los arados, de la tilla, de la hera! Después, si quieres, vuelve al suelo. Yo seguiré mi camino. Ni siquiera pensaré en **Tú**. Porque así tiene que ser, así hay que marcar al ganado. Soy pastor de la meseta, amigo de los álamos, y llevo en mis hombros una pesada manta. Ahora, los horizontes me abrazan. Tal vez, un día, me besen las estrellas. En todo caso, tengo que volar.

22-V-1962